



*(...) Allí, en la puerta cerrada de la Piedad, como en un reto, me asomaba para ver al Señor de la Sangre por la mirilla. Ésta era un colador que sólo dejaba pasar la esencia del misterio, reteniendo las impurezas de tantos tedios con los que convivía. (...)*

(Fragmento de “Cabañuelas de Pasión” de Luisfernando Palma Robles)

Me parece estar oyendo ahora mismo los misereres en la Capilla, desde el coro, acompañando a mi tío Fernando Chicano y escuchando las voces de Goro y Gabriel y las respuestas en latín de Domingo Nieva. El público asistente casi siempre era el mismo. Había caras que al verlas por la calle las relacionaba siempre con los misereres. Asistían también otras personas, que eran las que los encargaban,

a veces en acción de gracias. Cuando me hice mayor reflexioné mucho sobre esa idea de agradecer algo con un miserere.

No recuerdo ningún cura en concreto, pues llamaban tanto la atención las voces que cantaban que anulaban otras percepciones. Siempre me sorprendió la voz de Goro, que después ha quedado viva en la memoria de toda mi generación. Cuando terminaba el miserere, la Capilla se cerraba hasta el siguiente acto litúrgico. Mientras tanto, como consuelo en la espera, estaban las mirillas de las puertas. Era muy común el ir “a rezarle a Jesús”, y todos entendíamos el significado de esa frase.

Eran muy emocionantes las vistas a través de la mirilla, con la cara muy pegada a la puerta, pues si no, no se veía nada. Percibías una atmósfera cerrada, llena de humo de cera, con el aire viciado, las imágenes muy quietas allá arriba y Jesús vestido de diario, una túnica de color inidentificable y bordados algo ajados. No te miraba, pero sentías su presencia, que para un niño era más inquietante que paternal, con todo su sufrimiento extendiéndose hasta la mirilla. Recuerdo acercarme con el corazón dando tumbos, esperar mi turno si había gente, y repetir otra vez más esa comunión en el dolor: “Él murió por nosotros”, me repetía mi padre.

Si te parabas un rato en el llanete, a la caída de la tarde, podías presenciar un desfile de dolor intenso, ajeno al ajetreo de la calle San Pedro. Gentes de todos los barrios, con apuros económicos o de salud, muchos con un agonizante en casa, venían despacio a respirar la ayuda y

el perdón a través del metal ondulado de la mirilla, y pegaban su boca para expresar a Jesús lo que quizás callaban a otros. Después volvían sus rostros hacia los que esperaban, y podías percibir una tenue luz de esperanza y consuelo en ellos, como si la mirilla fuera, como el sol entre nubes de tormenta, una puerta abierta a un necesario futuro mejor para sus vidas.